VIDA Y HECHOS
DE
PERIQUILLO SARNIENTO
ESCRITA POR EL
PARA SUS HIJOS.

CAPITULO PRIMERO.

Escribe Periquillo la muerte de su madre, con otras cosillas no del todo desagradables.

Con qué constancia no está la gallina lastimándose el pecho veinte dias sobre los huevos! Cuando los siente animados, !con qué prolijidad rompe los cascarones para ayudar á salir á los pollitos! Salidos éstos, ¡con qué eficacia los cuida! ¡con qué amor los alimenta! ¡con que ahinco los defiende! ¡con qué cachaza los tolera, con qué cuidado los abriga!

Pues á proporcion hacen esto mismo con sus hijos la gata, la perra, la yegua, la vaca, la leona y todas las demas madres brutas. Pero cuando ya sus hijos han crecido, cuando ya han salido (digamoslo así) de la edad pueril, y pueden ellos buscar el alimento por sí mismos, al momento se acaba el amor y el chiqueo, y con el pico, dientes y testas, los arrojan de sí para siempre.

No así las madres racionales. ¡Qué enfermedades no sufren en la preñez! ¡Qué dolores y á que riesgo no se esponen en el parto! !Qué achaques, qué cuidados y desvelos no toleran en la crianza! Y despues de criados, esto es, cuando ya el niño deja de serlo, cuando ya es jóven, y cuando puede subsistir por si solo, jamas cesan en la madre los afanes ni se amortigua su amor, ni fenecen sus cuidados. Siempre es madre, y siempre ama á sus hijos con la misma constancia y entusiasmo.

Si obraran con nosotros como las gallinas, y su amor solo durara á medida de nuestra infancia, todavía no podiamos pagarlas el bien que nos hicieron, ni agradecerlas las fatigas que les costamos, pues no es poco el deberlas la existencia fisica y el cuidado de su conservacion.

No son ciertamente otras las causales porque nos persuade el Eclesiástico nuestro respeto y gratitud hácia los padres. *Honra á tu padre, dice en el cap. 7°, honra á tu padre y no olvides los gemidos de tu madre. Acuérdate que si no fuera por ellos no existirias, y pórtate con ellos con el amor que ellos se portaron contigo.* Y el Santo Tobías el viejo le dice á su hijo: *Honrarás á tu madre todos los dias de tu vida, debiéndote acordar de los peligros y trabajos que padeció por tí cuando te tuvo en su vientre.* Tob. cap. IV.

En vista de esto, ¿quién dudará que por la naturaleza y por la religion estamos obligados no solo á honrar en todos tiempos, sino á socorer á nuestros padres en sus necesidades y bajo culpa grave?

Digo en todos tiempos, porque hay un abuso entre algunas personas, que piensan que en casándose se exoneran de las obligaciones de hijos, y que ni se hallan estrechadas á obedecer ni respetar á sus padres como antes, ni tienen el mas mínimo cargo de socorrerlos.

Yo mismo he visto á muchos de éstos y éstas que despues de

haber contraido matrimonio, ya tratan á sus padres con cierta indiferiencia y despego que enfada. No (dicen), ya estoy emancipado, ya sali de la patria potestad, ya es otro tiempo: y la primera accion con que toman posesion de esta libertad es con chupar ó fumar tabaco delante de sus padres (1). A seguida de esto, les hablan con cierto entono, y por último; aunque estén necesitados no los socorren.

Cuanto á lo primero, esto es, cuanto al respeto y la veneracion, nunca quedan los hijos eximidos de ella, sea cual fuere el estado en que se hallen colocados, ó la dignidad en que estén puestos. Siempre los padres son padres, y los hijos son hijos, y en éstos lejos de vituperarse, se alaba el respeto que manifiestan á aquellos. Casado y rey era Salomon, y bajó del trono para recibir con la mayor sumision á su madre Betsabé: lo mismo hizo el señor Bonifacio VIII con la suya,y hace todo buen hijo, sin que estas humillaciones les hayan acarreado otra cosa que gloria, bendiciones y alabanzas.

Por lo que toca al socorro que deben impartirles en sus necesidades; aun es mas estrecha la obligacion. No se escusa la mujer, teniéndolo, con decir: mi marido no me lo da; pedírselo, que si él fué buen hijo, él lo dará; y si no le diere, economizarlo del gasto y del lujo; pero que haya para galas, bailes y otras estravagancias, y no haya para socorrer á la madre, es cosa que escandaliza: bien que apenas cabe en el juicio que haya tales hijas.

Mas frecuentemente se ve esto en los hombres, que luego dicen: ¡oh! yo socorreria á mis padres; pero soy un pobre, tengo mujer é

(1) El fumar no es malo, es un vicio de los tolerables, y aunque él por sí es muchas veces pernicioso á la salud y gravoso á la bolsa, ya la costumbre lo tiene favorecido; pero ¿el chupar delante de los padres? Tampoco es malo; es tan lícito como delante de los que no lo son. Ningun padre se escandalizará si ve que su hijo toma polvos en su precencia; mas con todo eso la misma costumbre que sufre que se tome tabaco aun en la iglesia, por las narices, no lo tolera por la boca, ni delante de los padres y superiores. Ello es una preocupacion, pero pasadera, y con la que probamos nuestro respecto á algunas personas y lugares.

hijos á quien mantener, y no me alcanza. ¡Hola! Pues tampoco esa es disculpa justa. Consulten á los teólogos, verán cómo están en obligacion de partir el pan, que tengan con sus padres, y aun hay quien diga (1) que en caso de igual necesidad, bajo de culpa grave primero se ha de socorrer á los padres que á los hijos.

No favorecer á los padres en un caso estremo, es como matarlos. delito tan cruel, que asombrados de su enormidad los antiguos, señalaron por pena condigna á quien lo cometiera, el que lo encerraran dentro de un cuero de toro, para que muriera sofocado, y que de este modo lo arrojaran á la mar, para que su cadáver ni aun hallara descanso en el sepulcro.

¿Pues cuántos cueros se necesitarán para enfardelar á tantos hijos ingratos como escandalizan al mundo con sus vilezas y ruindades? En aquel tiempo yo no me hubiera quedado sin el mio; porque no solo no socorrí á mi madre, sino que le disipé aquello poco que mi padre le dejó para su socorro.

¡Qué caso! De las cinco reglas que me enseñaron en la escuela, unas se me olvidaron enteramente con la muerte de mi padre, y en otras me ejercité completamente. Luego que se acabaron los mediecillos y se vendieron las alhajitas de mi madre, se me olvidó el *sumar*, porque no tenia qué; *multiplicar* nunca supe; pero *medio partir* y *partir por entero*, entre mis amigos, y las amigas mias de ellos, todo lo que llegaba á mis manos, lo aprendí perfectamente; por eso se acabó tan pronto el principalito; y no bastó, sino que siempre quedaba *restando* á mis acreedores, y sacaba esta cuenta de memoria: quien debe á uno cuatro, a otro seis, á otro tres, etc., y no les paga, les debe. Eso sabia yo bien, deber, destruir, aniquilar, endrogar y no pagar á nadie de esta vida; y estas son las cuentas que saben los perdidos de *pe á pá*. Sumar no saben porque no tienen qué; multiplicar, tampoco, porque todo lo disipam; pero restar á quien se des-

(1) Santo Tomás.

cuida, y partir lo poco que adquieren con otros haraganes petardistas que llaman sus amigos, eso sí saben como el mejor, sin necesitar las reglas de aritmética para nada. Así lo hice yo.

En estas y las otras, no quedó en casa un peso ni cosa que lo valiera. Hoy se vendia un cubierto: mañana otro: pasado mañana un nicho; otro dia un ropero; hasta que se concluyó con todos los muebles y menage. Despues se siguió con toda la ropita de mi madre, de la que breve dieron cuenta en el Montepio y en las tiendas, pues como no habia para sacarla, todas las prendas se perdieron en una bicoca.

Es verdad que no todo lo gasté yo, algo se consumió entre mi madre y nana Felipa. Eramos como aquel loco de quien refiere el padre Almendia (1) que habia dado en la tontera de que era la Santísima Trididad, y un dia le pregunto uno ¿que cómo podia ser eso andando tan despilfarrado y lleno de andrajos? A lo que el loco contestó: *¿que quiere vd.? si somos tres al romper.* Así sucedia en casa, que éramos tres al comer y ninguno al buscar. Bien, que cuando hubo, yo gastaba y tiraba por treinta, y así á mí solo se me debe echar la culpa del total desbarato de mi casa.

La pobre de mi madre se cansaba en persuadirme solicitara yo algun destino para ayudarnos; pero yo en nada menos pensaba. Lo uno, porque me agradaba mas la libertad que el trabajo, como buen perdido, si acaso hay perdidos que sean buenos; y lo otro, porque ¿qué destino habia de hallar que fuera compatible con mi inutilidad y vanidad que fundaba en mi nobleza y en mi retumbante título hueco de bachiller en artes, que para mí montaba tanto como el de conde ó marqués?

Al pié de la letra se cumplió la prediccion de mi padre; y mi mamadre entónces, á pesar de su cariño, que nunca le faltó hácia mí,

(I) Recreac. Filos. Tom. 4º Tarde 19.

conoció cuánto habia errado en oponerse á que yo aprendiese algun oficio.

El saber hacer alguna cosa útil con las manos, quiero decir, el saber algun arte ya mecánico, ya liberal, jamas es vituperable, ni se opone á los principios nobles, ni á los estudios ni carreras ilustres que estos proporcionan; ántes suele haber ocasiones donde no vale al hombre ni la nobleza mas ilustre, ni el haber tenido muchas riquezas, y entonces le aprovechan infinito las habilidades que sabe ejercitar por sí mismo.

La deshonra, dice un autor que escribió casi á fines del siglo pasado (1), la deshonra ha de nàcer de la ociosidad ó de los delitos, no de las profesiones. Todos los individuos del cuerpo político, deben reputarse en esta parte hijos de una familia.

¿Qué hubiera sido de Dionisio, rey de Sicilia, cuando habiendo perdido el reino y andando prófugo é incógnitó por sus tiranias, no hubiera tenido alguna habilidad para mantenerse? Hubiera perecido seguramente en las garras de la mendicidad, ya que no en las manos de sus enemigos; pero sabia leer y escribir, bien sin duda, pues emprendió ser maestro de escuela, y con este ejercicio se mantuvo algun tiempo.

¿Qué suerte hubiera corrido Aristipo si cuando aportó á la isla de Rodas, habiendo perdido en un naufragio todas sus riquezas, no hubiera tenido otro arbitrio con que sostenerse por sí mismo? Hubiera perecido; pero era un excelente geómetrà, y conocida su habilidad, le hicieron tan buen acogimiento los isleños, que no extrañó ni su patria ni sus riquezas; y en prueba de esto les escribió á sus paisanos estas memorables razónes; *dad á vuestros hijos tales riquezas que no las pierdan aun cuando salgan desnudos de un naufragio.* ¡Qué bien tocaba este consejo á muchas madres y á muchos noblecitos!

(1) El Lic. D. Francisco Xavier Peñaranda en su "Sistema económico y político mas conveniente á España.

Si uno de nuestros abogados, teólogos y canonistas arribara náufrago á Pekin ó Constantinopla, ¿hallara que comer con su profecion? No; porque en esas capitales ni reina nuestra religion, ni rigen nuestras leyes; y así, si no sabia coser una camisa, tejer un jubon, hacer unos zapatos ó cosa semejante con sus manos, sus conclusiones, argumentos, sistemas y ereduccion, servirian tanto para subsistir, como á un médico sus aforismos en una isla desierta é inhabitable.

Esta es una verdad; pero por desgracia el abuso que contra ella se comete es casi general en los ricos, y en los que se tienen por de la sangre azul.

Dije *casi*, y dije una bobera: sin casi. Es abuso generalísimo, y tan to que está apadrinado por la vieja y grosera preocupacion de *quelos oficios envilecen al que los ejercita*, y de este herror se sigue otro mas maldito, y es aquel desprecio con que se ve y se trata á los pobres oficiales mecánicos. Fulano es hombre de bien; pero es sastre: citano es de buena cuna; pero es barbero: mengano es v rtuoso; pero es zapatero. ¡Oh! ¿Quién le ha de dar el lado? ¿Quién lo ha de sentar á su mesa? ¿Ni quién lo ha de tratar con distincion ni aprecio? Sus cualidades personales lo recomiendan, pero su oficio lo abate.

Así se esplican muchos, á quienes yo diria: señores, ¿si no tuviérais riquezas ni otro modo de subsistir sino de hacer zapatos, coser chaquetas, aparejar sombreros, etc, no es verdad que entónces renegariais de los ricos que os trataran con la necia vanidad con que ahora tratais vosotros á los menestrales y artesanos? Eslo sin duda.

Y si por un caso imposible, aun siendo ricos, si un dia se conjuraran contra vosotros todos estos y no os quisieran servir á pesar de vuestro dinero, ¿no andaríais descalzos? Sí, porque no sabeis hacer zapatos. ¿No andaríais desnudos y muertos de hambre? Sí, porque no sabeis hacer nada para vestiros, ni cultivar la tierra para alimentaros con sus frutos.

Con que si en la realidad sois unos inútiles, por mas que desempeñais en el mundo el papel de los actores de aquella comedia titulada; *Los hijos de la fortuna*, ¿por qué son esas altiveces, esos dengues, y esos desprecios con aquellos mismos que habeis menester y de quienes depende vuestra brillante suerte? (1) Si lo haceis porque son pobres los que se ejercitan en en estos oficios para subsistir, sois unos tiranos, que solo por ser pobres mirais con altivez á los que os sirven, y quizá á los que os dan de comer (2): y si solamente lo haceis así ó los tratais con este modo orgulloso porque viven de su trabajo, á mas de tiranos sois unos necios; y si no, pregunto: vosotros ¿de qué vivis? Tú, minero; tú, hacendero; tú, comerciante; te murieras de hambre y perecieras entre la indigencia si Juan no trabajara tu mina, si Pedro no cultivara tus campos, y si Antonio no consumiera tus géneros, todos á costa del sudor de sus rostros, mientras tú, hecho un holgazan, acaso, acaso no sirves sino de escándalo y peso á la república.

Así hablara yo á los ricos soberbios y tontos (3), al mismo tiempo que á vosotros, óh pobres honrados (4), os alentara á sufrir sus improperios y baldones, á resignaros en la Divina Providencia, y á continuar en vuestros afanes honradamente, satisfechos de que no hay oficio vil como el hombre no lo sea, ni hay riqueza ni distincion alguna que descargue de las notas de necio ó vicioso á quien las tiene.

¿Cuantas veces irá un hombre lleno de ignorancia ó de delitos dentro del dorado coche que hace estremecer vuestros humildes talleres? ¿Y cuántas la salsa que sazona los pichones y perdices de su

(1) Es constante que los pobres son feudatarios de los ricos y los que aumentan sus riquezas.

(2) Los miserables jornaleros que cultivan las haciendas, los operarios que trabajan las minas, y l os artifices que labran los tejidos, etc, dan de comer y sostienen el lujo de los ricos.

(3) Con esos se habla.

(4) A esos se dirige el apóstrofe; no á los pobres viciosos, pues á estos si los ultrajan por su mala conducta, bien se lo merecen. Ser pícaro á mas de pobre es gran desgracia.

mesa será la intriga, el crimen y la usura, mientras que vosotros comeis con vuestros hijos y con una dulce tranquilidad tal vez una tortilla humedecida con el sudor de vuestra frente?

No son, hijos mios, los oficios los que envilecen al hombre (no me cansaré de repetir esta verdad); el hombre es el que se envilece con sus malos procederes: ni menos es estorvo la pobre cuna, ni las artes mecánicas para lograr entre los apreciadores del mérito, el lugar que uno se sepa merecer con su virtud, habilidad y ciencia. Buenos testigos de esta verdad son tan ingeniosos poetas, diestros pintores, excelentes músicos, escultores insignes y otros habilísimos profesores de las artes ya liberales, ya mixtas, á quienes el mundo ha visto visitados, enriquecidos y honrados por los pontífices y emperadores de la Europa. Prueba clara de que el mérito distinguido y la sobresaliente habilidad no solo no es barrera que imposibilita los honores, sino que muchas veces es el imán que los atrae hácia sus profesores. Ya se ha dicho en esta misma obrita que Sixto V antes de gobernar la Iglesia católica como pontífice, fué porquerizo (1).

(1) Este pontífice nació en un pueblo en la marca de Ancona á 13 de Diciembre de 1521. Fué su padre un pobre labrador, como dice Moreri, ó viñadero, como dice el autor del Diccionario de hombres ilustres, llamado Peretti y su madre Mariana. Cuidaba puercos ó lechones, y pasando un religioso franciscano por donde él estaba, ignorando el camino, lo llevó de guia, y enamorado de la agudeza de sus respuestas lo condujo á su convento. A poco tiempo tomó el hábito de la órden seráfica, y correspondiendo sus ascensos á su aplicacion y talento, logró sentarse en la silla de S. Pedro. Restableció á la pureza de su orígen la edicion de la Vulgata [Biblia]: canonizó á S. Diego, religioso franciscano español: agregó á los DD. de la Iglesia á S. Buenaventura: mandó celebrar la fiesta de la presentacion de la Santísima Vírgen: hizo muchas otras cosas excelentes. En tiempo de una grande hambre que padeció Roma, por cuya causa hubo una sublevacion, construyó varios edificios, abrió algunos caminos y promovió el famoso templo ó cúpula de San Pedro, que se creia inacabable, en la que mantuvo diariamente á 600 operarios. Ultimamente, erigió un obelisco en la plaza de S. Pedro de 72 piés de altura. No solo este pontífice fué de humilde y pobre ascendencia. Sin nombrar á S. Pedro, S. Dionisio, Juan VIII, Dámaso II, Nicolás I y otros se cuentan de oscuro linaje. Adrian IV y Alejandro V de niños se alimentaron de limosna; Urbano IV, fué hijo de otro porquerizo; Benedicto XI, fué hijo de una lavandera de paños; Benedicto XII, hijo de un molinero, etc. [véase la historia de los pontífices]. Lo que prueba bien, que ni lo oscuro del nacimiento, ni la última miseria, obstan para lograr los empleos más honoríficos, cuando la ciencia y la virtud hacen á los hombres dignos de ella.

Ejemplar que vale por otros muchos que recuerdan las historias eclesiástica y profana. Bien que la vanidad ha hecho que en nuestros dias no sean estos ejemplos muy comunes.

Pero es menester decirlo todo. No sé si es mas admirable ver á un hombre elevarse desde la basura á un puesto alto, ó ver á otros que colocados en él, no olviden la humildad de sus principios. Yo creo que esto así como es lo mas justo, así es lo mas difícil, atendida la soberbia humana; y siendo lo mas difícil de suceder, debe ser lo mas admirable.

Que un hombre pase del estado de pobre al de rico: del de plebeyo al de noble; y del de pastor al de rey, como se ha visto, puede ser efecto de la casualidad en la que el mismo hombre no tiene parte; pero que viendose encumbrado sobre los demas, lejos de ensoberbecerse ni endiosarse, se manifieste humano, afable y cortés con sus inferiores, acordándose de lo que fué, esto sí es admirable, porque prueba una grande alma capaz de tener á raya sus pasiones en cualquier estado de vida; lo que no hace el hombre muy fácilmente.

Lo comun es que vemos infinitos que nacieron ricos y grandes, y estos son orgullosos y altivos por naturaleza, esto es: así vieron el manejo de sus casas desde los primeros dias: la lisonja les meció la cuna y respiraron la vanidad con el primer ambiente. Heredaron, por decirlode una vez, la nobleza, el dinero, los títulos, y con esto la altivez y la dominacion que ejercitan con los que estan debajo de ellos.

Esto es malo, malísimo; porque ningun rico debe olvidarse de que es hombre, ni de que es semejante al pobre y al plebeyo; sin embargo, si se pueden disculpar los vicios, parece que la soberbia del rico merece alguna indulgencia, si se considera que jamás ha visto la cara á la miseria, ni le han faltado lisonjeros que lo anden incensando á todas horas de rodillas. Es menester ser un Alejandro para no caer en la tentacion de dejarse adorar como Nabuco.

Pero los pobres que nacieron entre los terrones de una aldea ó

mísero pueblecico: que sus padres fueron unos infelices y sus primeros refajos unas mantas: que así se criaron y así crecieron luchando con la desdicha y la indigencia: no sólo ignorando los ecos de la adulacion, sino familiarizándose con desprecios; éstos, digo, ¿porqué si á la Providencia le place elevarlos á un puesto brillante, al momento se desvanecen y se desconocca hasta el punto no sólo de menospreciar á los pobres, no sólo de no socorrer á sus parientes, sino ¡lo más execrable! de negar su estirpe enteramente? Esta es una soberbia imperdonable.

No son éstas ficciones de mi pluma; el mundo es testigo de estas verdades. ¿Cuantos al tiempo de leer estos renglones dirán: mi hermano el doctor no me habla: otros, mi hermana la casada no me saluda: otros, mi tio el prebendado no me conoce, y así muchos?

No quisiera decirlo; pero quizá por este vicio é ingratitud se inventó aquel trillado refran que dice: *¿quieren ver á un ruin, déle un corgo.* Ello es una vileza de espíritu (1) degenerar de su sangre y dejar perecer en la miseria á los deudos, sólo por pobres, al tiempo uue se podian favorecer con facilidad á merced del puesto encumbrado que se ocupa [2].

Pero aunque sea soberbia, villanía ó lo que se le quiera llamar, así lo vemos practicar. Y si esta clase de personas son tan altivas con su sangre, ¿qué no serán con sus dependientes, súbditos y otros pobres á quienes consideran muy indignos de su afabilidad y cortesía?

Se ve, y no con rareza, que muchos de estos que eran atentos, cariñosos y bien criados con todo el mundo en la esfera de pobres,

[1] Así como puede haber una alma noble en un plebeyo, así puede haber una alma ruin dentro de un noble, y á ésta llamamos alma vil ó vileza de espíritu.

[2] Se entiende sin perjuicio de la justicia, pues entónces no resultara del beneficio virtud, sino agravio.

luego que cambia su suerte y se levantan de entre la ceniza, se hacen soberbios, hinchados, fastidiosos y detestables.

El célebre padre Murillo en su Catecismo, citando á Plinio y Estrabon, dice: que el Bucéfalo ó caballo de Alejandro cuando estaba en pelo, se dejaba manosear y tratar de cualquiera; pero en cuanto lo ensillaban y enjaezaban ricamente, se volvia indomable y no se sujetaba sino al jóven macedon. El dicho padre hace sobre este cuentecillo una reflexion muy oportuna, que la he de poner al pié de la letra. *Hay algunos* (dice) *que son tratables cuando están en pelo, pero viéndose adornados con una garnacha, una borla, una dignidad, y aun iba a decir con una mortaja de religioso, no hay quien se averigüe con ellos,*

No, hijos, por Dios no aumenteis el número de estos ingratos soberbios. Si mañana la suerte os colocare en algun puesto brillante, que es lo que se dice *estar en candelero;* ó si teneis riquezas y valimientos, dispensad vuestros favores á cuantos podais sin agravio de la justicia, que eso es ser verdaderamente grandes. Mientras mayor sea vuestra elevacion, tanto mayor sea vuestra beneficencia. Ciceron en la defensa de Q. Ligario, dice: *Que con ninguna cosa se parecen los hombres mas á Dios, que con esta virtud.* Siempre respetará el mundo los augustos nombres de Tito y Marco Aurelio. Este llenó de glorias y de felicidades á Roma, y aquel fué tan inclinado á hacer el bien, que el dia que no hacia uno, decia que lo habia perdido: *diem perdidimus.*

Por otra parte, jamas os desvanezcais con las riquezas ni con los empleos de distincion; porque esta será la prueba más segura de que no los mereceis ni habeis jamas disfrutado de aquellas. Si vemos que uno al entrar en un coche ó subir á un barco se desvanece y le acometen vértigos frecuentes, fácilmente conocemos, aunque él no lo diga, que aquella es la primera vez que pisa semejantes muebles. No sin razon dice nuestro vulgar adagio que: *A herradura que chapalea, clavo le falta,* y es por esto.

¡Qué diferente juicio no hace el mundo de aquellos que habiendo nacido pobres ú oscuros, y hallándose de repente con riquezas ó empleos sobresalientes, ni se desvanecen con la altura de éstos, ni se deslumbran con el brillo de aquellas, sino que inalterables en el mismo grado de sencillez y de bella índole que ántes tenian, conquistan cuantos corazones tratan! ¿No es preciso confesar que el corazon de estos hombres es magnánimo, que no se aturde ni se inflama con el oro, y que si nació sin empleos y sin honores, á lo menos fué siempre digno de ellos?

Y si estos mismos hombres en vez de abusar de su poder ó su dinero para oprimir al desvalido ó atropellar al pobre, en cada uno de estos desgraciados reconocen un semejante suyo, lo halagan con su dulce trato, lo alientan con sus esperanzas y lo favorecen cuando pueden, ¿no és verdad que en vez de murmuradores, envidiosos y maldicientes, tendrian un sinnúmero de amigos devotos que los llenarian de bendiciones, les desearian sus aumentos y glorificarán su memoria, aun más allá del término de sus dias? ¿Quién lo duda?

Ni es prenda ménos recomendable en un rico de los que hablo, una ingenuidad sincera y sin afectacion. El saber confesar nuestros defectos nosotros mismos, es una virtud que trae luego la ventaja de ahorrarnos el bochorno de que otros nos los refrieguen en la cara; y si el nacer pobres ó sin ejecutorias es defecto (1), confesándolo nosotros, le damos un fuerte tapaboca á nuestros enemigos y envidiosos.

El no negar el hombre lo humilde de sus principios cuando se halla en la mayor elevacion, no sólo no lo demerita, sino lo ensalza en el concepto de los virtuosos y sabios, que son entre quienes se

[1] No son defectos. El mundo mira con desprecio á los pobres y á los que no brillan con la nobleza; pero esta es una de las locuras de que está el mundo lleno. Los defectos que no penden del arbitrio del hombre, no son vituperables ni se deben echar en cara. Hacerlo es necedad.

ha de aspirar á tener buen concepto, que entre las necios y viciosos poco importa no tenerlo.

Bien conoció esta verdad un tal Wigiliso, que habiendo sido hijo de un pobre carretero, por su virtud y letras llegó á ser arzobispo de Maguncia en Alejandría, y ya para no engreirse con su alta dignidad, ó como dijimos, para no dar que hacer á sus émulos, tomó por armas y puso en su escudo una rueda de un carro con este mote: *Memineris quid-sis et quid fueris.* Acuérdate de lo que eres y de lo que fuiste.

Tan léjos estuvo esta humildad de disminuirle su buen nombre, que ántes ella misma lo ensalzó en tanto grado, que despues de su muerte mandó el emperador Enrico II que aquella rueda se perpetuase por armas del arzobispado de Maguncia.

Agatocles, como rey y rey rico, tenia oro y plata con que servirse á la mesa, y sin embargo, comia en barro, para acordarse que fué hijo de un alfarero.

Y por último: el Sr. Bonifacio VIII fué hijo de padres muy pobres; ya siendo pontífice romano, fué á verlo su madre; entró muy aderezada, y el santo papa no la habló siquiera, ántes preguntó: *¿quién es esta señora?*—Es la madre de V. Santidad. *No puede ser eso*, dijo, *si mi madre es muy pobre.* Entónces la señora tuvo que desnudarse las galas, y volvló á verlo en un traje humilde, en cupa ocasion el papa la salió á recibir, y la hizo todos los honores de madre como buen hijo (1).

¿Ya veis, pues, queridos mios, cómo ni los oficios ni la pobreza

(1) Del Sr. Benedicto XI se sabe que siendo un pobre hijo de una lavandera de paños, exaltado al pontificado, fingió tambien no conocerla, porque iba vestida de seda, y así que fué á visitarlo con su humilde traje de lana, la conoció y obsequió.

Del Sr. Benedicto XII dice la historia que habiendo sido hijo de un molinero, no quizo jamas reconocerlo sino en su propio traje de molinero. Estos heróicos ejemplos de humildad han quedado escritos para realzar más el mérito y la virtud de tales personajes. [Véase el Onomásticon de Guillermo Burio, sec. x. fol. 358].

envilecen al hombre, ni le son estorbo para obtener los más brillantes puestos y dignidades, cuando él sabe merecerlos con su virtud ó sus letras? En estas verdades os habeis de empapar, y estos son los ejemplos que debeis seguir constantemente y no los de vuestro mal padre, que habiéndose connaturalizado con la holgazanería y la libertad, no se queria dedicar á aprender un oficio ni á solicitar un amo á quien servir, porque era noble; como si la nobleza fuera el apoyo de la ociosidad y del libertinaje.

La pobre de mi madre se cansaba en aconsejarme, pero en vano. Yo me empeoraba cada dia, y cada instante le daba nuevas pesadumbres y disgustos, hasta que acosada de la miseria y oprimida con el peso de mis maldades, cayó la infeliz en una cama de la enfermedad de que murió.

En este tiempo, ¡qué trabajos para el médico! ¡Qué ánsias para la botica! ¡Qué congojas para el alimento no costó, no á mí, sino á la buena de tia Felipa! porque yo, pícaro como siempre, apenas iba á casa al medio dia y á la noche á engullir lo que podia, y á preguntar como por cumplimiento cómo se sentia mi madre.

Ya han pasado muchos años; ya he llorado muchas lágrimas y mandado decir muchas misas por su alma, y aun no puedo acallar los terribles gritos de mi conciencia, que incesantemente me dicen: tú mataste á tu madre á pesadumbres; tú no la socorriste en su vida despues de sumergirla en la miseria; y tú, en fin, no le cerraste los ojos en su muerte. ¡Ay, hijos mios! no quiera Dios que experimenteis estos remordimientos! Amad, respetad y socorred siempre á vuestra madre, que esto os manda el Criador y la naturaleza.

Por fortuna, la fiebre que le acometió fué tan violenta, que en el mismo dia la hizo disponer el médico, y al siguiente perdió el conocimiento del todo.

Dije que esto fué por fortuna, porque si hubiera estado sin este achaque, habria padecido doble con sus dolencias y con la pena

que le deberia haber causado el vil proceder de un hijo tan ingrato y para nada.

En los seis dias que vivió, todo su delirio se redujo á darme consejos y á preguntar por mí, segun me dijeron las vecinas y yo cuando estaba en casa no le oia decir sino ¿ya vino Pedro? ¿Ya está allí? Déle vd. de cenar, tia Felipa. Hijo, no salgas, que ya es tarde, no te suceda una desgracia en la calle; y otras cosas á este tenor, con las que probaba el amor que me tenia. ¡Ay, madre mia! ¡Cuánto me amaste y qué mal correspondí á tus caricias!

Finalmente, su merced espiró cuando yo no estaba en casa. Súpelo en la calle, y no volví á aquella ni puse un pié por sus contornos sino hasta los tres dias, por no entender en los gastos del entierro y todos sus anexos, porque estaba sin blanca como siempre y el cura de mi parroquia no era muy amigo de fiar los derechos.

A los tres dias me fuí apareciendo y haciéndome de las nuevas, contando cómo habia estado preso por un pleito, y con el credo en la boca por saber de mi madre, y qué sé yo cuantas más mentiras, con las que, y cuatro lagrimillas, les quité el escándalo á las vecinas y el enojo á nana Felipa, de quien supe que viendo que yo no parecia y que el cadáver ya no aguantaba, barrió con cuanto encontró, hasta con el colchon y con mis pocos trapos, y los dió en lo que primero le ofrecieron en el baratillo, y así salió de su cuidado.

No dejó de afligirme la noticia por lo que tocaba á mi persona, pues con el rebato que tocó me dejó con lo encapillado y sin una camisa que mudarme, porque cuantas yo tenia se encerraban en dos.

A seguida me contó que debia al médico no sé cuantas visitas, y al boticario que sé yo que recetas, que como nunca tuve intencion de pagarlas no me impuse de las cantidades.

Despues de todo, yo no pude acordarme sin ternura de la buena vieja de tia Felipa. Ella fué criada, hermana, amiga, hija y madre

de la mia en esta ocasion. Fuérase de droga, de limosna ó como se fuese, ella la alimentó, la medicinó, la sirvió, la veló y la enterró con el mayor empeño, amor y caridad, y ella desempeñó mi lugar para mi confusion, y para que vosotros sepais de paso que hay criados fieles, amantes y agradecidos á sus amos, muchas veces más que los mismos hijos; y es de advertir que luego que mi madre llegó al último estado de pobreza, le dijo que buscara destino, porque ya no podia pagarle su salario: á lo que la viejecita llorando le respondió que no la dejaria hasta la muerte, y que hasta entónces le serviria sin interes, y así lo hizo, que en todas partes hay criados héroes como el calderero de San German.

Pero yo no me tenia tan bien grangeado el amor de nana Felipa á pesar de que me crió, como dicen. Aguantó como las buenas mujeres los nueve dias de luto en casa, y no fué lo más el aguantarlos, sino el darme de comer en todos ellos, á costa de mil drogas y mil bochornos, pues ya no habia quedado ni estaca en pared.

Pero viendo mi sinvergüenzería me dijo: Pedrito, ya ves que yo no tengo de donde me venga ni un medio: yo estoy en cueros, y he estado sin conveniencia por servir y acompañar al alma mia de señora, que de Dios goce; pero ahora, hijito, ya se murió, y es fuerza que vaya á buscar mi vida, porque tú no lo tienes ni de donde te venga, ni yo tampoco; y asina ¿qué hemos de hacer? Y diciendo esto, llorando como una niña, y mudándose para la calle fué todo uno sin poderla yo persuadir á que se quedara por ningun caso. Ella hizo muy bien. Sabia el pan que yo amasaba, y la vida que le habia dado á mi pobre madre; ¿qué esperanzas le podian quedar con semejante vagamundo?

Cátenme vdes. solo en mi cuarto mortuorio, que ganaba veinte reales cada mes, y no se pagaba la renta siete: sin mas cama, sábanas ni ropa que la que tenia encima; sin tener que comer ni quien me lo diera; y en medio de estas cuitas, va entrando el maldito casero

apurándome con que le pagara: haciéndome la cuenta de veinte por siete son ciento cuarenta, que montan diez y siete pesos cuatro reales; y que si no le pagaba ó le daba prenda ó fiador, veria á un juez y me pondria en la cárcel.

Yo, temeroso de esta nueva desgracia, ofrecí pagarle á otro dia, suplicándole se esperara miéntras cobraba cierto comunicado de mi madre.

El pobre lo creyó y me dejó. Yo no perdí tiempo, le escribí un papel en que le decia: que al buen pagador no le dolian prendas, y que en virtud de eso, le hacia cesion de bienes de todos los trastos de mi casa, cuya lista quedaba sobre la mesa.

Hecha la carta, cerrada con oblea y entregada con la llave á la casera, me salí á probar nuevas aventuras y á andar mis estaciones, como vereis en el capítulo que sigue.

Pero ántes de cerrar éste, sabreis como al otro dia fué el casero á cobrar: preguntó por mí: diéronle el papel: lo leyó: pidió la llave: abrió el cuarto para ver los trastos, y se fué hallando con el papel prometido, que decia:

Lista de los muebles y alhajas de que hago cesion á Don Pánfilo Pantoja, por el arendamiento de siete meses que debo de este cuarto. A saber:

Dos canapés y cuatro silletas de paja, destripados y llenos de chinches.

Uua cama vieja que en un tiempo fué verde, tambien con chinches.

Una mesita de rincon, quebrada.

Una idem grande ordinaria, sin pié.

Un estantito sin llave y con dos tablas ménos.

Un petate de á cinco varas, y en cada vara cinco millones de chinches.

Un nichito de madera ordinaria con un pedazo de vidrio, y dentro un santo de cera, que ya no se conoce quien es, por las injurias del tiempo.
Dos lienzos grandes que por la misma causa no descubren ya sus pinturas; pero sí el cotense en que las pusieron.
Dos pantallitas de palo, viejas, doradas una con su luna quebrada y otra sin nada.
Una papelera apolillada.
Una caja grande, sin fondo ni llave.
Un baúl tiñoso, de pelo y muy anciano.
Una silla poltrona, coja.
Una guitarra de tejamanil sorda.
Unas despaviladeras tuertas.
Una pileta de agua bendita, de Puebla, despostillada.
Un rosario de Jerusalen, con su cruz embutida en concha, sin más defecto, que tres ó cuatro cuantas ménos en cada diez.
Un tomo trunco del Quijote, sin estampas.
Un Lavalle viejito y sin forro.
Un promontorio de novenas viejas.
Un candelero de cobre.
Una palmatória sin cañon.
Dos cucharas de peltre y un tenedor con un diente.
Dos posillos de Puebla, sin asa.
Dos escudillas de idem y cuatro platos quebrados.
Una baraja embijada.
Como veinte relaciones y romances, y otros impresos sueltos.
Entre ollitas y cazuelas buenas y quebradas, doce piezas.
Un casito agujerado.
Un pedazo de metate,
Un molcajete sin mano.
La escobita del vasin.
La olla del agua.

El cántaro del pozo.
El palito de la lumbre.
La tranca de la puerta.
Una borcelana cascada.
Dos servicios útiles poco vacíos.

Todo esto para el Sr. casero, encargándole que si sobrare algun dinero, despues de pagada su deuda, lo invierta por bien de la difunta.

México, 15 de Noviembre de 1789.—*Pedro Sarmiento.*

Se daba al diablo el triste casero con semejante lista, mientras yo, segun os dije, me ocupaba en otras atenciones más precisas.

CAPITULO II

Solo, pobre y desamparado Periquillo de sus parientes, encuentra con Juan Largo, y por su persuasion abraza la carrera de los pillos en clase de *cócora* de los juegos.

VIENDOME solo, huérfano y pobre, sin casa, hogar ni domicilio como los maldecidos judíos, pues no reconocia feligresía ni vecindad alguna, traté de buscar, como dicen, madre que me envolviera; y medio roto, cabizbajo y pensativo salí para la calle luego que entregué á la casera la lista de mis esquisitos muebles.

El primer paso qus dí fué ir á tentar de paciencia á mis parientes paternos y maternos, creyendo hallar entre ellos algun consuelo en mis desgracias; pero me engañé de medio á medio. Yo les contaba la muerte de mi madre y mi horfandad y desamparo, rematando el cuento con implorar su proteccion; y unos me decian que no habian sabido la muerte de su hermana: otros se hacian de